

# LA RISA,

## ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

A MI AMIGO WENCESLAO AYUALS,

DIRECTOR DE LA RISA.

¿Con que ni puertas ni rejas  
de tí me pueden librar?  
¡Maldito Ayuals, no me dejas  
un momento reposar!  
Ya encanece mis guedejas  
lo que me haces cavilar,  
zumbándome las orejas  
con los ayes y las quejas,  
que me envías sin cesar.

Irrita pues, escorpion,  
mi lengua de basilisco  
con uno y otro arañón,  
con uno y otro mordisco.  
Duréceme el corazón  
hasta dejarle hecho un risco  
para el duelo y compasión;  
mas ¡ay si rompe el turbión!  
¡ay si te coje el pedrisco!

¿Y quién habrá que lo impida?  
¿Quién ¡vive el cielo! me estorba  
darte una buena batida  
con esta peñola corva,  
en tu propia hiel teñida?  
Nadie. El coraje me encorba  
y... Oyeme Ayuals por tu vida,  
que con tu misma medida  
voy á templar mi tiorba.

Y pues luchador atlántico  
en composicion esdrújula  
retas á mi estro romántico,  
Ayuals, yo rompo mi brújula  
y así te vuelvo tu cántico.

Ya que persigues frenético  
Wenceslao, mi númen lírico,

que rabia por lo patético,  
y para hacerme satírico  
me amenazas con lo de ético (1).  
Seguiré tu plan diabólico;  
desde hoy agrio, amargo y ácido,  
mi zumbido melancólico  
será son alegre y plácido  
aunque me cueste un buen cólico.

¿Temes que mis fuerzas bélicas  
cedan, y me quede exánime?  
Dudas tienes bien angélicas;  
verdades oye evangélicas  
que contigo voy unánime.

Quien no sea hoy un estólido  
gran dosis de metafísico  
ha de llevar en su físico;  
que no es de moda lo sólido  
ya; lo elegante es lo tísico.

Véme á mí. Influencia mágica  
ejerzo en todo espectáculo;  
y el vulgo al verme con báculo  
caminar, y con faz trágica  
me tiene por un oráculo.

¿Mas á Breton? ¡Santa Brigida!  
al ver su panza de ecónomo  
le darán orchata frígida,  
le pondrán á dieta rígida  
como al mas fiero gastrónomo.

La magrura es un vehiculo  
para hacer doctor en farragos  
al ético mas ridiculo;  
para sabios es de artículo  
ser tan secos como espárragos.

Tal es nuestro siglo: Encárate  
con cualquier autor dramático,  
no hablemos de Gil y Zárate,  
con Principe y yo compárate....  
¡bah! tu eres un buey Asiático!

¿Qué hermosa mira con ánimo  
vuestros contornos exóticos,

(1) Y aquí si yo fuera empirico  
te regalaba un cosmético,  
y si encontrára otro en írico,  
te daba tártaro emético.

si los destinos *despóticos*  
dan siempre á vientre *magnánimo*  
los gustos mas *estrambóticos*?

Y si á cuestion *pantomimica*  
lo reduces ¿cuál mas *árida*  
de la de un gordo? La *química*  
á voces una *cantárida*  
recetará á vuestra *mímica*.

Si á una mujer (*¡santa Mónica!*)  
en sitio público (*¡cáscaras!*)  
diriges seña *lacónica*,  
se quedará como en *máscaras*,  
tendrá por risa *sardónica*,  
por amenaza *satánica*,  
la seña amante y *volcánica*,  
y te tendrá por un *tábano*  
que con torpeza *mecánica*  
no quiere soltar el *rábano*.

¡Bah! sé en lo gordo *metódico*,  
y te jura tu *vulpécula*  
que aun á precio menos *módico*  
mas de moda tu *periódico*  
ha de ser, per *omnia sécula*.

El *amen* tu lo dirás,  
que de derecho te toca,  
pues fuera me le coloca  
tu métro de Barrabás.

Y pues te devuelvo exactos  
tus esdrújulos malditos,  
ya ves, me cuesta tres pitos  
el cumplir con nuestros pactos.

Mas si en encomiar los gordos  
tu te me cierras fanático,  
pese á mi interés apático  
nos habran de oír los sordos.

Porque Ayguals, ni aquí ni en Flandes  
ha habido un gordo grande hombre,  
que á los gordos, no te asombre,  
les llama el vulgo hombres grandes.

Tal es el siglo en que estamos,  
siglo montado al vapor:  
cuanto mas peso, peor,  
con que los flacos ganamos.

Y dá gracias á que hoy  
no me siento para el paso,  
que sino os diera un repaso  
que hiciera ¡por san Eloy!

vuestra derrota patente;  
mas porque no echés á broma  
lo que voy diciendo, toma,  
con lo que sigue entretente.

Sois un puro inconveniente  
vosotros los molletudos,  
y haceros en la piel nudos

fuera á mi ver muy prudente.

Prescindamos del apodo  
preciso de un barrigon,  
aquello de san Anton  
pero con el cerdo y todo:

prescindamos de que Utrilla  
no sabe como ajustaros,  
un chaleco sin ahogaros,  
ó un pantalon con trabilla;  
de que él se desacredita  
y con fatal desengaño  
vé que no le queda paño  
de vuestro frac ó levita;

prescindamos de lo caros  
que sois y poco económicos,  
vamos á los lanees cómicos  
en que teneis que encontraros.

Pues señor, que eres feliz,  
y que tu cara hermosura  
te recibe en noche oscura,  
y os veis nariz con nariz,  
¿dónde os esconde una trampa  
del tutor atrabiliario?

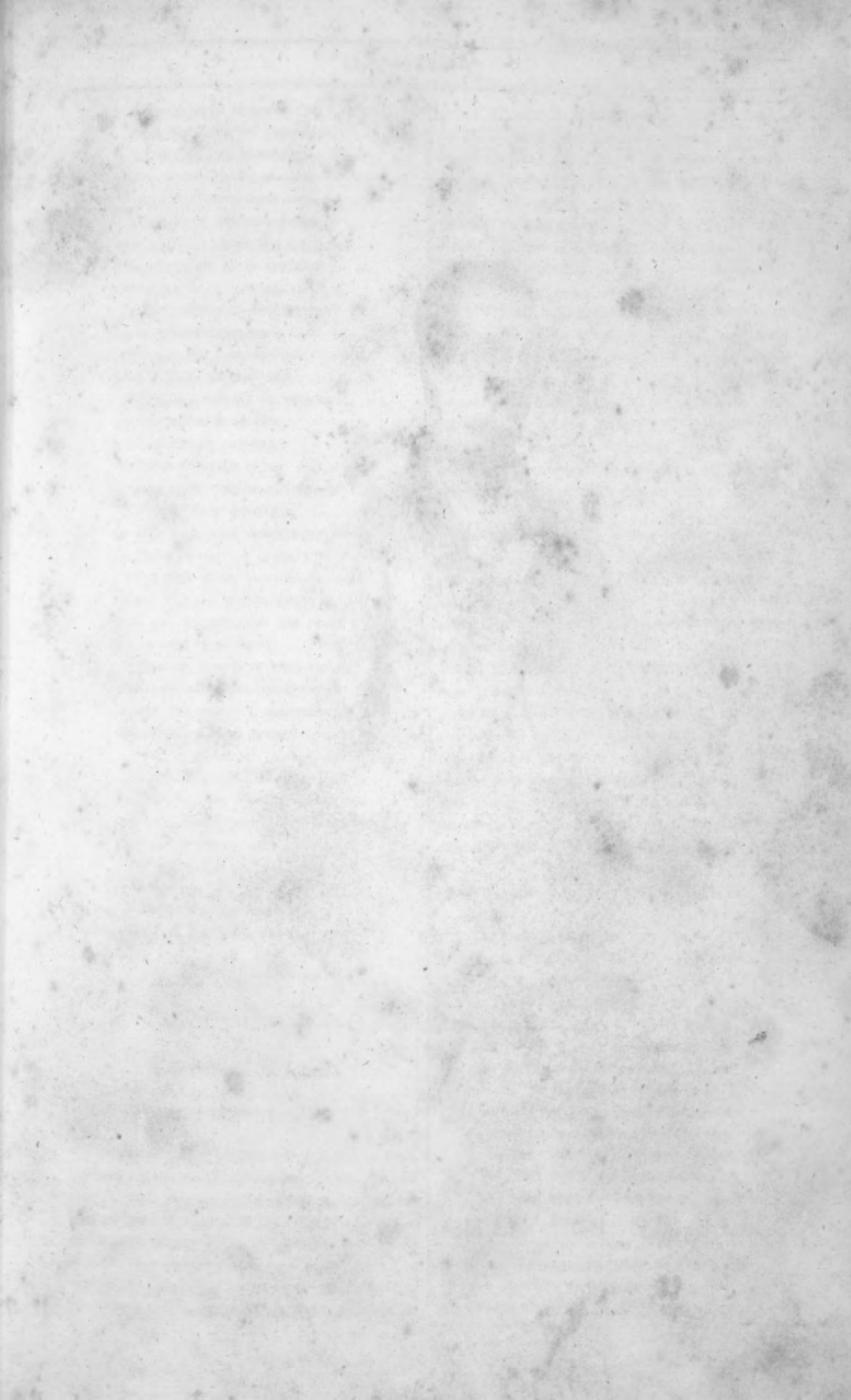
En baul, balcon ó almarío  
ni á pechugones se os zampa.

No hay asilo que se os dé,  
no hay hueco en que esteis holgados;  
si os cierran morris ahogados,  
y si no os cierran se os vé.

¿Y si vais de formacion?  
el fusil y fornituras  
os presnan las asaduras,  
y sudais el corazón.



¿Si vais á un duelo? ¡qué azar!  
aunque el contrario sea manco  
como oponéis tanto blanco





*José Zorrilla*

por fuerza os ha de tocar.

Pues digo, ¿si es á pistola  
y os toca el tiro segundo?  
¡bah! despedíos del mundo  
y que carguen su arma sola.

¿De qué os valdrá la fatiga  
que empleeis en perfilaros?  
La bala al fin ha de entraros  
por mitad de la barriga.

¿Pues si viajais en carruaje?  
basta solamente veros  
para que los compañeros  
pronostiquen un mal viaje.

Cualquier asiento es escaso  
á vuestras asentaderas,  
y los puentes y escaleras  
rechinan á vuestro paso.

Si os caéis ¿quién os levanta?  
Pues casados y dormidos  
os supongo; ¿qué ronquidos!  
La pobre mujer se espanta.

Y si coje al fin el sueño  
sueña con un terremoto,  
y es que mugen como un choto  
las narices de su dueño.

Pues ¿si hacéis el alma tierna?  
¿qué cariños tan brutales!  
¿como que son diez quintales  
cada brazo ó cada pierna!

Y paro aquí por lo grave  
del asunto, que sino  
hasta donde fuera yo  
Dios solamente lo sabe.

Por cuyas dos mil razones  
os llevamos gran ventaja,  
los hombres como una paja  
á los hombres barrigones.

JOSÉ ZORRILLA.

## EXIGENCIAS.

Vive Dios, señor director del periódico *la Risa*, que me ha puesto V. en un compromiso del cual creo que no voy á salir á pesar de los mil esfuerzos que estoy haciendo hace algunos días. ¿Con que, nada menos exige V. sino que escriba un artículo que cause risa al que lo lea? pues ¿no concibe V. que en el mero hecho de conocer el lector que uno se lo propone, basta para que se

ponga en guardia y se mantenga sério aun cuando salpiquemos de chistes las columnas de nuestro semanario? Además, V. me impone condiciones que hacen imposible el que pueda salir airoso de mi empeño: V. no quiere que mezcle la política en mis escritos, y esto es cortarme las manos, porque la política de España ofrece á cada paso materia para prorumpir en estrepitosas carcajadas; en fin, señor don Wenceslao, exigencias tiene V. muy originales; pero ya que hablamos de exigencias, voy á referir á V. cierto lance amoroso que pudiera pasar muy bien por un artículo de costumbres. Es el caso que yo soy amigo de galanteos hasta dejarlo de sobra, y como para esto de galantear con alguna ventaja es indispensable tener mucho atrevimiento y ser por demas exigente, de aquí resulta que suelo algunas veces rebasar la línea del decoro debido al bello sexo.

Andábame paseando la otra noche por debajo de los balcones de una niña sumamente candorosa, cuando oí entreabrir con mucho tiento una vidriera y toser con cierto misterio. Al pronto sospeché si seria mi amada Pilar, pero no quise aventurarme sin esperar alguna señal, porque doña Facunda, su diabólica madre, que nos andaba incesantemente á los alcances, era capaz de fingirse su hija para haerme aproximar al balcón, desde donde habia jurado bautizarme con un barreño de agua puesta al sereno hacia algunas semanas. Bien pronto se disiparon mis temores, pues asomándose mi hermosa Pilar, me dijo que su mamá acababa de acostarse. Entonces me acerqué con desembarazo y endulzando en lo posible el bronceo metal de mi voz, empecé á atacar á la inesperta niña con las siguientes exigencias.

Si sabes ya que te quiero,  
si sabes ya que te adoro,  
y que ese rostro hechicero  
es mi dicha y mi tesoro.  
¿Porqué he de estar de planton?  
¿Porqué no hemos de estrechar  
esta distancia, Pilar,  
que hay de la calle al balcón?  
Abreme, por Dios, la puerta.  
Es tarde, todo está en calma,  
ya lo ves, no pasa un alma.  
¿Te ries? mi dicha es cierta.  
¡Ah! bien haya mi fortuna!  
me encajé dentro, y va una.

Tiempo hace, hermosa Pilar,  
que anhelaba este momento.  
¡Como siento palpitar

mi corazón de contento!  
No hay hombre al verte tan bella  
que tu atractivo resista.  
¡Qué veo! ¿aquí tu doncella?  
¿Pones testigos de vista?  
que, ¿desconfías de mí  
cuando tú mi dicha labras?  
Pilar, si son para ti  
de algún valor mis palabras,  
que salga de aquí por Dios.  
Quedamos solos: van dos.

¡Cuántas dulces emociones  
siento á tu lado, mi bien!  
dime si son ilusiones  
ó las sientes tu también.  
Verme á tu lado me exalta,  
porque tu puerta era un muro,  
pero ¡ay! como resalta  
sobre ese vestido oscuro  
tu blanca mano, Pilar.  
¡Oh! mi bien no te sonrias,  
porque... ¿te vas á enfadar?  
sino la estrecho en las mias  
vuy á morir á tus pies.

Cogí la mano, y van tres.

Dos cosas en ella admiro  
tanto que me tienen loco:  
es de nieve si la miro,  
es de fuego si la toco.  
Pilar, siendo mi embeleso  
y tu bondad tan inmensa,  
seria hacerte una ofensa  
no imprimir en ella un beso.  
Que ¿lo vas á rehusar?  
Sentiré que desconfies...  
Mas ¡qué veo! ¿te sonries?  
¿Como lo puedes negar  
sabiendo que te idolatro?  
Besé la mano, y van cuatro.

En esto abren con estrépito  
de par en par una puerta  
y asoma doña Facunda  
en una sábana envuelta.  
Viene con los labios cárdenos,  
alborotadas las greñas  
y el color de sus mejillas  
igual al de las acelgas.



— ¡Hija infame! ¡seductor!  
yo sabré poner enmienda.  
— Señora doña Facunda  
usted por poco se altera.  
— Don Luis todo lo escuché  
y es demasiada vileza  
que usted abuse de ese modo  
de una joven inesperta,  
ya comprendo donde irían  
á parar tanta exigencia.  
— Señora doña Facunda,

eso es una vagatela.  
— Don Luis tenía usted trazas  
de llegar á una docena.

Pero, cate V. que cuando me retiraba tan ufano  
se abalanzaron á mí cuatro embozados que habían  
estado escuchando en un rincón de la sala. — Aho-  
ra las pagaré V. todas juntas, me digeron á un  
tiempo. — Señores ¿qué conspiración es esta? les  
pregunté medio balbuciente. Pilar es mi hermana,  
dijo uno. — Pilar es mi prima, repuso otro. —

Pilar es mi novia, añadió el tercero.—Pilar es... iba á decir el último.—¡Silencio! gritó el que capitaneaba aquella turba; señor galán, nosotros estamos resentidos hace mucho tiempo de V., porque V. atentó contra el honor de la que iba yo á llamar mi esposa. Después he sabido las pretensiones que tenía V. con mi hermana y he hecho que le abra á V. la puerta para sorprenderle *in-fraganti*.—Señores, les digo, yo creo que son Vds. caballeros, y en ese caso...—¡Como! ¿piensa V. que vamos á admitir un desafío? eso queda para después, pero antes hemos de descargar sobre V. una paliza, que es lo que merece por su infame proceder con las hijas de familia.—¡Hijo! Antonio! ¿qué vais á hacer? exclamó doña Facunda; caballero, salga usted de aquí; yo evitaré que se propasen; salga usted! ¡salga usted!

Y sin aguardar razones  
resolví tocar tabletas,  
pasando de cuatro brincos,  
de la sala á la escalera.  
Aunque me miré en la calle  
libre de aquella tormenta,  
creí que los latigazos  
sonaban en mis orejas.  
Volví los ojos atónito:  
¡ah! exclamé, feliz idea!  
El *omnibus* ¡santo Dios!  
El *omnibus* que se acerca.  
—¡Hé! ¡hé! que voy á subir.  
—Suba usted.—Una advertencia.  
Diga usted, y vamos pronto,  
que hay gente que tiene prisa.  
—Pues, cabalmente, yo quiero  
partir como una centella,  
pero, si ve V. venir  
cuatro embozados, alerta,  
porque alentan contra el *omnibus*.  
—¡Como!—Le echarán á tierra.  
—Y porqué ese desacato?  
—Porque es invención inglesa...  
Y, no hablemos más, cochero,  
vamos, vamos, que se acercan.  
—Pero, ¿y V. como viene...  
—¿Como que soy de la empresa.  
—Perdone V. caballero.  
¡Mayoral! ¡Coronela!  
—¡Cochero! ¡aguardese usted...  
¡Cochero!—¡Santa Teresa!  
Esclamaban desde adentro  
dando voces descompuestas.  
—¿Qué se ofrece?—¿Qué se ofrece?  
que usted falta á la promesa,  
que tengo ya á mi mujer

sin aliento, medio muerta.  
Mañana hace nueve meses  
que su mano...—¡Coronela!  
—Asesino, calle usted.  
—Ven, ven, bajemos, Quitéria.  
—¡Qué no hay tiempo!—¿Qué no hay tiempo?  
Pues, si llega á nacer muerta  
la...—¡Gallarda!—¡San Ramon!  
—¿Lo ve V., como se queja?  
—Pero...—No hay pero que valga.  
Sugete V. esa rienda,  
porque quiere mi muger  
salir de esta gazapera.  
—¿Pues no era autojo el entrar?  
—Ahora lo es echarse fuera.  
—¡Qué demonio de mugeres!  
—¡Si usted estuviera como ella...!  
Pero otro poco, otro poco;  
ya estoy en la portezuela.  
—¡He! cochero ¡voto va!  
Por aquel lado se acercan.  
¡Somos perdidos!—¡Perdidos!  
—Han cortado ya las riendas.  
—¿Qué haré, señor empresario?  
—¿Qué haras? tocar la trompeta.  
—Pero ¿qué toque?—A degüello,  
y que se salve el que pueda.

Dicho y hecho, el cochero que debía haber servido de trompeta en algun regimiento, empezó á tocar á degüello á las mil maravillas; pero mis perseguidores que vieron frustrado su intento si proseguía tocando, asestaron tan fuerte palo al instrumento que fué á parar á veinte pasos del sitio de la acción. La embarazada, temiendo sin duda que echaran al coche alguna camisa embreada, se arrojó desde la portezuela y fué rodando por el suelo, al arrullo de las careajadas de los unos y de los gritos y los saltos de los otros. Procuraban todos evadirse de aquel diluvio de porrazos improvisados á la débil claridad de la luna.  
—¡Este es!—¡Firme!—¡Ay!—¡Ah! pues no es!  
Y siempre reconocían su error después de haber descargado el golpe sobre alguno.

Estaba yo contemplando aquella escena desde adentro, pero temiendo que me sacasen arrastrando me resolví á tirarme del coche y á pasar por aquella carrera de vaquetas. Efectivamente, salté en medio de la calle y si bien me alcanzaron algunos latigazos, á poco rato estaba ya metido en mi casa y meditando una venganza, que todavía no he llevado á efecto, pero que estoy resuelto á consumir en la primera ocasión favorable.

Y pues que me da V. prisa,  
he salido ya del poso;

mas, no dudo que este caso  
ha de promover á risa,

Y no porque sea bueno  
lo escrito; solo me fundo  
en que todo, todo el mundo  
se rie del mal ageno.

M. J. DIANA.

## APOLOGIA DEL NABO.

*Vesubiana Musa paulo majora canamus.*

### Oda.

Vuelve á mis manos, mi adorada lira....  
ven.... y que el eco de tus cuerdas de oro  
hasta el asiento de los dioses vuele;  
dame, Apolo, favor: grato me inspira  
para que en canto armónico y sonoro  
el alto prez y mérito revele  
del héroe sin segundo  
que ruido tanto promovió en el mundo.

En buen hora se gocen orgullosos  
Villergas en su célebre patata,  
Ayguals de la beldad de su judía,  
Miranda en sus garbanzos provechosos;  
y en buen hora tan fútil patarata  
canten en armoniosa poesia,  
que yo tan solo alabo  
el nombre y hechos del sabroso nabo.

Mirad su airosa y agraciada hechura (1),  
su gruesa base y punta penetrante,  
su esbelto talle y su gentil contorno;  
de su sedosa piel ved la finura,  
el nevado color, mate elegante,  
y tiernas barbas, que le dan adorno  
conjunto que enamora  
á la que guisa, al amo, á la señora.

Ni que berza, aun de stirpe muy preclara,  
su alta progenies igualar pudiera,  
cuando su origen precedió al diluvio,  
pues segun lo descubre y lo declara  
una antigua inscripcion que tradujera  
el autor reverendo del Vesubio (2),

aun antes del pecado  
el padre Adán se lo encontró plantado.

Loor al padre Noé que cuidadoso  
nos trajo entre las vides delectosas,  
las nueve especies de esta rica planta,  
cada una de las cuales dió famoso  
nombre á las nueve casas orgullosas,  
que antigua historia de Mallorca canta,  
y asegura por cierto,  
que nunca admiten el extraño injerto.

Repartió por los ámbitos del mundo  
Noé sus producciones ventajosas,  
para que el hombre su producto aumente;  
y dió á nuestro país, por mas fecundo,  
vides muy delicadas y jugosas,  
y dos especies de nabil simiente,  
y su crecer alabo,  
pues hay tal copia de frondoso nabo.

Son en toda la España de gran uso,  
y crecen con vistosa maravilla  
el nabo largo (3) y el redondo gordo (4),  
de pistilo ambas clases algo obtuso,  
caliz derecho, esférica semilla,  
con que las tablas de mi huerto bordo,  
y yo me maravillo  
al ver salir á luz tanto nabillo.

Plácense en los terrenos sustanciosos,  
pero ligeros, sueltos y labrados,  
y húmedos, sin que peque en demasia;  
brotan sus tallos verdes y frondosos,  
y hay peligro de verlos atacados  
por la roedura del pulgon impia;  
¡mordedura maldita,  
que tantos nabos á la España quita!

Suelen en la eleccion de este alimento  
andar trocados el placer y el gusto,  
pues uno quiere dulce y otro amargo;  
juzgan algunos de mayor sustento  
el nabo gordo por su ser robusto;  
pero otros dan la preferencia al largo,  
mas por quitar embrolla  
comen al fin los que hallan en la olla.

Y en cuanto á sus virtudes y provechos  
nada mas útil, grande y portentoso,  
que esta legumbre de los dioses digna;

(1) Fusi-formis, ó husi-forme.

(2) Periódico que se publica en Jaen por el au-  
tor de esta apologia.

(3) *Brasica napus* de Linneo.

(4) *Brasica rapa* del mismo.



¿qué apetitos no quedan satisfechos?  
¿qué mal no cede á elixir tan precioso?  
¿y quién no siente su virtud benigna?  
¡oh venturoso nabo!  
¡con razon cuanta tu grandeza alabo!

Tú, que ya solo en cuaresmal potaje...  
ya puesto á ruedas en sabroso asado,  
de gordo pavo, ó de cebada polla...  
ya formando esquisito maridage  
con blanca col, en guiso delicado,  
ó ya en el bodrío de podrida olla,  
á los mortales prestas  
placeres tantos en ruidosas fiestas;

Tú, que ya aplicas tu virtud activa  
á la gota tenaz... y á opilaciones,  
ya al espolon, y callo endurecido,  
ya á picada de víbora nociva...  
ya al agudo dolor de sabañones...  
y que, el *sánalo-todo* te apellido,  
recibe, en cuanto alcanzas,  
bendiciones, aplausos y alabanzas.

JOSÉ MARIA DEL CASTILLO.

### GLOSA ATROZ.

*El martes de carnaval  
un gallo muerto de risa  
salió en mangas de camisa  
del Hospital General.*

Dió tal tropezon Colon  
dejando los patrios lares,  
que gritó al pasar los mares  
¡viva la Constitucion!  
Mas no quiso Salomon  
asistir al funeral,  
que andaba una catedral  
de rabia vendiendo queso  
porque le salió un divieso  
*el martes de carnaval.*

Valientes como dragones  
iban á caza de gangas  
una montera con mangas,  
un melonar con calzones,  
una casa con faldones,  
un gaban con cortapisa;  
y vieron con mucha prisa  
llegando al campo de Marte

confesando á Bonaparte  
*un gallo muerto de risa.*

Yo ví la ciudad de Vich  
con Aranjuez de bracero  
mientras bailaba el bolero  
el castillo de Monjuich.  
El príncipe Meternich  
pidió limosna á Remisa;  
mas como tocaba á misa  
san Jorge con su arcabuz,  
la torre de santa Cruz  
*salió en mangas de camisa.*

Fué Moratín á Burdeos  
por una bota de vino  
y por no perder el tino  
se remangó los manteos.  
¿Qué hizo el patio de Correos  
al saber prodigio tal?  
presentar un memorial  
al obispo de Alicante  
para hacerse practicante  
*del Hospital General.*

JUAN MARTINEZ VILLEGAS.

### EPIGRAMAS.

Chica, dijo á Pepa  
su marido Pepe,  
creo que te apuntan  
cuernos en la frente.

Y ella, cariñosa  
contestóle: puede...  
«dime con quien andas  
te diré quien eres.»

Mucho D. Luis trabajó;  
mas dió en resumidas cuentas  
siempre originales?—No:  
una vez sí, se pintó  
pero se copió doscientas.

J. M. V.



39

# AMBIQUÚ.

## PLATILLOS.

Los hay de dos especies, calientes y fríos, aunque por lo regular no se hace uso sino de los últimos, pues los otros sirven de entradas. Se pueden omitir en una mesa ordinaria, pero son casi indispensables en una comida de alguna consideración. Como quiera que sea, si hay quien goce plenamente de todas sus funciones digestivas, debe tener cuidado de no entregarse demasiado á los platillos.

### Platillos calientes.

Acerea del modo de prepararlos, véase el artículo á que cada uno pertenece.

Morcillas negras y blancas.	Salchichas solas ó con criadillas.
Pies de puerco con criadillas de tierra.	Costillas de carnero.
Tostones.	Pastas de sustancia.
	Pastas al natural.
	Jamón lardeado.

Se pueden contar en el número de los platillos los embuchados y albondiguillas de toda especie, las berengenas, langostas, cangrejos, los sesos de carnero ó de ternera fritos, las patas de ganso, pero con una salsa muy fuerte, ó con vinagre, las chuletas de carnero en adobo, los gazapillos, pies de ternera, pichones fritos, asados, ó aderezados con un pebre picante, los huevos cocidos y en tortilla de toda especie, las orejas, pies de cerdo, de carnero ó de ternera fritos, ó con una salsa muy fuerte con vinagre y mostaza.

### Platillos fríos.

Pepinillos.	Higos.
Melon.	Lonjas de anchoas.
Aceitunas.	Sardinias.
Pan y manteca.	Anchoas.
Rábanos.	Atunillos.
Alcachofas con pebre.	

La manteca fresca de vacas se sirve en panecillos, en conchas ó á la manera de fideos raspando con la punta de un cuchillo, y pasándola luego por un lien-

zo claro y húmedo de autemano, para que por la presión no se deshaga.

Las sardinias y anchoas se cortan en tiras despues de haberlas lavado con varias aguas para desalarlas; se caliean en círculo en su respectivo plato, llenando los espacios que queden con yemas de huevos cortados menudamente y yerbas finas; de modo que formen un cuadro amarillo y verde.

Los salchichones, que por lo regular se sirven crudos, se cortan en lonjas muy delgadas.

## MANTECAS Y PEBRES.

### Manteca de anchoas.

Se lavan bien, se las quitan las espinas, se enjugan, pican y majan en un mortero; y cuando estan reducidas á pasta, se incorpora toda con doble porcion de manteca fresca.

### Manteca de cangrejos.

Se toman las conchas, se majan y mezclan con una cuarta parte de manteca, y cuando todo está caliente, sin que llegue á encojese, se pasa por un cedazo y se echa en agua fresca.

### Manteca de yerbas finas.

Se toma una porcion de perifollo, la mitad de pimpinela, estragon, cebollino y malpica: todo lo cual se lava y pica muy menudo, para mezclarlo despues con buena manteca fresca.

## NOTA.

El próximo número contendrá entre otras composiciones de los Sres. Ayguals y Villerigas, un bellissimo romance de D. Tomas Rodriguez Rubi. Las caricaturas no desmerecerán de las anteriores. Se preparan otras composiciones de los Sres. Zorrilla, Breton de los Herreros y demas acreditados literatos de esta corte, y de las provincias.

Salte una entrega cada domingo al precio de dos REALES, así en Madrid como en las provincias, advirtiendo que los suscritores de estas deberán adelantar el importe de cuatro entregas lo menos.

Ademas de la *Risa* publica la SOCIEDAD LITERARIA otras dos obras de lujo á saber: LA GALERIA REGIA Y VINDICACION DE LOS ULTRAJES ESTRANJEROS, con magníficos retratos de cuantos reyes han ocupado el trono de España, su historia y la de nuestras ciencias y artes desde la mas remota antigüedad, y el TESORO DE MORAL CRISTIANA, coleccion de lo mas selecto que se ha escrito sobre religion, formando los Santos Evangelios el primer tomo, con preciosas láminas. Estas obras han merecido los elogios de toda la prensa por su elegancia, lujo y baratura. Estan á cargo de los primeros literatos de España.

PUNTOS DE SUSCRICION. EN MADRID en la imprenta de la Sociedad literaria, calle de san Roque, núm. 4, y en las librerías de Cruz, de Razola y de Denné é Hidalgo.—EN LAS PROVINCIAS en Correos y demas comisionados de la RISA.

No se admite correspondencia que no venga franca de porte.

Madrid.—1843.

IMPRESA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.